

Gracias, Grecia

Debemos dar las gracias a Grecia. Los helenos - mejor dicho, los atenienses - nos han legado la idea de la democracia. ¡Ahí es nada! El pueblo se gobierna a sí mismo. Claro es que la democracia griega, como todos los niños, es un poco cojitranca: no pueden votar las mujeres, ni los esclavos, ni los “metecos”, los extranjeros residentes. Pero ¿vamos a acusarla por estas deficiencias? Díganlo las sufragistas pidiendo el voto femenino, o los inmigrantes que hacen trabajos serviles, pagan sus impuestos aunque no pueden decidir sobre el uso de dichos impuestos. En cualquier modo, las democracias actuales no pueden en absoluto amoldarse sobre la antigua. Nuestras naciones han crecido, la población numerosa hace imposible congregarse a todo el pueblo en una plaza para votar en forma directa. Ese pueblo, reducido a la pequeña escala de un parlamento, se gobierna mediante sus representantes. La Hélade, como los cantones de Helvecia, exige para su adecuado funcionamiento un territorio pequeño, una población abarcable. Tal es la razón de que su forma política sea la ciudad-estado. Y como el polen se extiende fecundando las plantas lejanas, así también las polis griegas “polinizan” el mediterráneo con sus enclaves comerciales.

La historia de Grecia comienza fuera de Grecia. O sea: en la isla de Creta. Allí se desarrolla la cultura minoica cuyo arte agrada bastante a los aficionados a la tauromaquia. Un monstruo conocido como Minotauro se encontraba metido en un corral en forma de laberinto. Dédalo fue el constructor de dicha madeja buena para enredar al más avisado. No sabemos si el laberinto era para que ningún maletilla espontáneo accediese al ruedo o bien para que el morlaco (que no era tal, pues su mitad inferior era humana) se escapase creando el pánico entre la muchedumbre. El caso es que esta bestia se alimentaba de jóvenes que le proporcionaban desde el continente. Teseo, un valiente, acabó con esa sumisión de los griegos del continente respecto a los cretenses. ¿Cómo lo hizo? Pues de un modo parecido al de arrojar miguitas para encontrar el camino de vuelta. Teseo se sirvió de un hilo que le proporcionó su admiradora (o novia) Ariadna. Nuestro héroe llegó hasta el Minotauro, vio y venció: dos orejas aunque sin el rabo. Una vez que escapó del laberinto el muy sinvergüenza abandonó a su amada mientras ella estaba, sin ser infiel, en brazos de Morfeo.

La cultura minoica, también llamada “micénica”, se derrumbó, ya sea acaso por la sacudida de un terremoto natural o por el saqueo de los aqueos, un pueblo belicoso que viene de fuera

para echar a los de casa. Los aqueos sufrieron la misma suerte a manos de los dorios y, como no hay dos sin tres, los jonios se hicieron a su vez los dueños de la Hélade. Como poso de todo ese batiburrillo de pueblos aparecieron dos grandes ciudades-estado rivales entre sí: Atenas *versus* Esparta. Los lacónicos, cortos en palabras y largos de hecho, eran como la Prusia de entonces, esto es, un régimen militar; Atenas se parecía más bien a Inglaterra en el dominio de los mares y, sobre todo, a la Francia republicana en su democracia liberal. Una vez más vencieron los más fuertes. Atenas cayó del mismo modo que los francos tuvieron que perder Alsacia. Ahora bien, en las guerras fratricidas nadie gana y todos pierden. Grecia ya no sería la misma. Los romanos se comieron más tarde a los helenos como una perita en dulce. La expansión del macedonio Alejandro Magno hasta el valle del Indo no había sido sino flor de un día. Muerto muy joven, sus generales se repartieron los retazos sueltos de su imperio. La época de Pericles estaba periclitada dando comienzo al helenismo.

Ahora bien, antes de que los griegos anduviesen a la greña unos con otros, un enemigo común hizo desaparecer las desavenencias existentes: Persia, la potencia oriental. Aquí pasó como entre las facciones chinas cuando asomaron la cabeza sus vecinos japoneses. El deseo de los persas de apropiarse el territorio griego suscitó el buen entendimiento entre los hermanos peleados. Se conocen estas guerras como “médicas”, y no precisamente porque se enfrentaran en ella facultativos o taumaturgos como en el episodio de Elías que cuenta la Biblia. La unión hizo la fuerza y los medos tuvieron que dar el trasero volviendo a su país avergonzados por haber sido derrotados por unos enanos. La victoria de Maratón, con la historia del soldado corredor que todo aficionado a las olimpiadas conoce, es el símbolo del triunfo de los griegos mandados por Temístocles. Y como hoy estas arriba y mañana abajo -dígallo el mariscal Petain - el héroe contra los persas se convirtió después en el villano sometido al ostracismo. Del mismo modo que el Cid vende su espada a los moros en su destierro, el militar y político ateniense entra al servicio de sus antiguos enemigos. Unas palabras suyas nos dan ejemplo claro de la diferencia entre oriente y occidente. Temístocles, antes de opinar en asuntos militares, pide permiso a Jerjes para aprender la lengua persa pues necesita -dice- desarrollar su pensamiento -añadimos nosotros- como se hace con las persianas. Los griegos necesitan la palabra en el foro, la escritura en el rollo; las alfombras persas únicamente sirven para ser pisadas por los reyes y besadas por los súbditos. Tiranía contra democracia, Asia contra la cuna de Europa.

Pero si las batallas son importantes, más lo es aún descubrir

que nuestra cabeza sirve para algo más que llevar el casco de Pericles, ese “cebollino” como le apodaban sus malévolos paisanos por la forma alargada de su cráneo. El *logos* o *razón*, cosa lógica y razonable, tiene también el sentido de *palabra*. Ya hemos señalado que no existe nada racional sin ser revestido por el verbo. Sin embargo, la palabra sirve asimismo para que la mente fabrique mentiras, construya mitos, invente leyendas. Los pensadores griegos son los responsables del paso del mito al logos. Un hecho nos servirá de ejemplo: los antiguos creían que existen días “infaustos” en los cuales no se deben realizar ciertas acciones como presentar combate. Del mismo modo se dice hoy que “en martes ni te cases ni te embarques”. Una flota ateniense estaba dispuesta para levar anclas pero los marinos temerosos se negaban a ello porque había un eclipse parcial. ¿Qué hizo entonces el jefe de la expedición, hombre educado por un filósofo jonio? Sencillamente tomó un manto de un miembro de la tripulación y se lo puso en la cabeza de otro. “Hay tenéis -dijo- un cuerpo tapa a otro, eso es todo”. Aquí se ve ya a las claras un razonamiento científico que contradice el pensamiento mítico.

2

Los griegos fueron los primeros en obtener una chispa del universo rascándose la cabeza. Cada cual echaba a cuartos su espada. Unos decían que no hay dioses, otro que todo son dioses, otros que no había cambio, otros que todo cambia como las aguas de un río, etc. La materia primera del mundo era el fuego, o la tierra, o el aire, o el agua o una cosa indefinida como si fuese un éter. Y todos tenían su parte de razón aunque lejos estaban de imaginar que los cuatro elementos constituyentes se convertirían en algo más de una centena. Y una vez que estos filósofos de la naturaleza han mirado, como los niños, hacia el exterior de las cosas, siguen los grandes filósofos del espíritu, el terceto formado por Sócrates, Platón y Aristóteles. El primero es maestro del segundo y el tercero es discípulo del anterior. Sócrates es un viejo feo, con cara de rana, maltratado por su esposa Xantipa. Tal vez por esas disputas conyugales se pasaba todo el día en la calle preguntando a quienes querían escucharle sobre el ser de las cosas. Él mismo, recordando el oficio de comadrona de su madre, se llamaba “partero de las ideas”, expresión con la que quería decir que todo el conocimiento está ya en nuestra alma y solamente basta un hábil interrogatorio para alumbrarlo. De ese modo logra que un esclavo deduzca por sí mismo un teorema geométrico. Platón se vale del mito de la caverna para montar la teoría

metafísica de las ideas: somos como presos en una cueva con un fuego a nuestras espaldas que solamente nos hace ver la sombra de las cosas. En cuanto a Aristóteles es una mezcla de naturalista y metafísico. Según éste pensador el mundo es eterno y lo mueve un motor inmóvil; es decir, no lo mueve nada moviendo a todas las demás cosas. Para muchos es el más importante de los tres y en la edad media llamarán al estagirita el “maestro”. Platón y Aristóteles son cristianizados respectivamente por san Agustín y por santo Tomás. Los pensadores cristianos toman la pulpa del paganismo y escupen aquellos huesos que no pueden tragar,

Una cosa sorprendente es que el país donde surge el logos o pensamiento racional conserve largo tiempo las bobadas de la mitología. Quizás ese enfrentamiento entre “razón” y “mito” sea el origen de la muerte de Sócrates acusado de impiedad hacia los dioses. El viejo tábano (o sapo) sería así un mártir como Jesús y, al igual que éste, no habría escrito nunca nada conservándose su pensamiento sólo a través de los discípulos.

Los dioses viven en el Olimpo, un monte cuyo nombre tiene la misma raíz verbal que “re-lámp-ago”. Desde la cumbre, *Zeus Pater* (Júpiter o Dios Padre para los romanos) lanza los rayos que le fabrica Hefesto, esto es, *Vulcano*, dios del fuego y de los *volcanes* y, por tanto, de los altos hornos. Zeus, como padre, es el más importante y engendra una prole numerosa con su esposa Hera, y con otras. Estamos ante un don juan, un *latín lover* que no se arredra a secuestrar y poner los cuernos a nadie y para sus aventuras amorosas usa disfraces como si estuviese en carnaval o en la mascarada de una obra de teatro. Uno de esos disfraces es particularmente importante para nosotros, los europeos. Cuenta la mitología que Júpiter se “transformó” (digamos así) en un novillo para raptar a Europa. Pues bien, debemos preguntarnos por qué motivo entre las numerosas leyendas mitológicas se elige ésta como nombre de nuestro continente. El “oíros” o “euro” es un viento que sopla de los Ur-ales (Ur o Uratur son topónimos del oriente próximo); el uro es un toro o bisonte del Cáucaso cuya arremetida puede compararse al viento. Pero, además, si contemplamos el mapa de Eratóstenes vemos la figura de un toro o uro arremetiendo (debemos excluir a Escandinavia, desconocida entonces). Los astrónomos siempre han dibujado figuras con las estrellas formando constelaciones y nada extraño es que los geógrafos hicieran lo mismo.

Muchos otros son los dioses griegos cuya vida y milagros se parecen a los culebrones televisivos con sus enredos, amoríos, incestos e intrigas familiares. Como en dichos seriales no siempre resulta fácil seguir la línea genealógica entre tanto adulterio.

Podemos citar a Neptuno, con su tridente parecido a un tenedor para pinchar el pescado. Este es dios del mar y de los caballos, atributos cuyo única semejanza es que las olas ondulan como un equino al trote (mar serena) o al galope (mar picada). Apolo es un guapetón, un pollo pera cuyos cabellos engominados relucen como el sol brillante y al que le gusta como un picaflores hacer poesías, tocar la bandurria y perseguir a las mozas como Dafne. Artemisa es la diosa de la caza y tal vez una de las primeras mujeres en realizar actividades masculinas. Pero la palma de la masculinización son las amazonas, viragos que no tienen nada que ver con las actuales señoritas bien que saltan obstáculos a lomos de hermosas yeguas amaestradas. Estas mujeres guerreras eran tan fundamentalistas que, sin tener cáncer de mama, se extirpaban un pecho con el fin de poder disparar mejor el arcón con flechas. Como tenían que parir usaban a los hombres solamente con fines recreativos. O dicho de otro modo, eran el anverso de los atenienses que se divertían con las hetairas mientras sus mujeres legítimas estaban en el gineceo dedicadas a hacer el puchero y la colada. Atenea era la diosa de la sabiduría, algo que le parecía ridículo a uno de los Padres de la Iglesia al considerar que las féminas no podían tener entendimiento como los varones. Ares es el dios de la guerra y su nombre nos ha dado “ariete” ese palo con los cuernos de carnero para derribar con su acometida las puertas que no se quieren abrir. Demeter es, entre otras cosas, la diosa de la agricultura y su equivalente latino, Ceres, nos ha dado “cereal”. Por último. Baco es el dios del vino y de las cogorzas.

Los cristianos usan a los santos para un solo patronazgo: san Blas, de la garganta; santa Águeda de las amas de casa, san Cristóbal de los conductores, etc. Pero los dioses griegos son unos pluriempleados y atienden a muchos más cometidos de los que solemos recordar.

El teatro medieval tiene un origen religioso: el auto de los Reyes Magos. También en Grecia el arte de la dramaturgia nace de los cielos, pero en un sentido muy distinto. Uno de los dioses del Olimpo, el borrachín Dionisio, o Baco, da origen a las bacanales, que son algo así como un macrobotellón, orgías donde se cantaban himnos que están en la base de la tragedia. Y si antes hemos visto que tres eran tres los grandes metafísicos de la antigüedad clásica, ahora veremos que también son tres los dramaturgos más importantes del teatro griego: Eurípides, Sófocles y Esquilo. El escenario era un hemiciclo cavado en alguna ladera y en él se ponían en escena cosas tremebundas en las que los dioses se mezclaban con los humanos y tenían lugar parricidios horrendos que escandalizaban al público provocando la catarsis, la purificación

de las pasiones (esta interpretación de Aristóteles se la endosamos a su autoridad). Pero el hombre no solamente llora sino que, por fortuna, también sonríe, ríe y se carcajea. Aristófanes es uno de los más célebres autores de comedia. Entre varias obras, una de ellas se burla de Sócrates (todos los suspensos en filosofía tienen esa manía) y otra, Lisístrata, plantea una ingeniosa huelga de sexo de las esposas para acabar con la guerra, ese deporte violento que tanto ha apasionado a los hombres (hombres, hombres) en la historia. El siempre presente Aristóteles, que se metía en todo, prescribe las tres unidades del teatro: espacio, tiempo, acción. La obra debe transcurrir en un solo lugar, un sola día y representar una única acción sin andarse por las ramas barajando episodios como si mezclásemos churras con merinas. Los neoclásicos, papanatas de la antigua poética, seguían a rajatabla el precepto. Sin embargo, un escritor barroco español como Lope de Vega hacía caso omiso rompiendo las reglas y señalando con un desdeñoso desplante que “puesto que lo pide el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto”.

Pero además del teatro, donde tiene cabida también la lírica, los griegos descollan en la escultura y la arquitectura. Una de las obras más importantes es el discóbolo, un hombre tirando un disco en una de esas olimpiadas que más tarde copiarán los hombres actuales añadiendo podios, medallas e himnos nacionales para orgullo de los compatriotas que ven a los atletas de su país desde la comodidad de un sillón. En cuanto a la escultura los helenos, sin tener periódicos, se han especializado en tres columnas: una sencilla, la doria, que parece una caja; otra, jonia, que recuerda un rollo o una mujer con rulos; la más complicada, y también quizás la más bonita, es la corintia, adornada con hojas como si fuese una palmera de piedra.

La democracia, la filosofía, el teatro, las olimpiadas, etc. ¿Qué más debemos a Grecia? Pues algo no demasiado atractivo: los troyanos. Claro está que los virus que se incrustan malévolamente en el ordenador no tienen nada que ver con ese caballito hueco que permitió a los aqueos introducirse en la ciudad enemiga.

Pablo Galindo Arlés, 23 de enero de 2015